

¿QUÉ ES EL CRISTIANISMO Y QUÉ SIGNIFICA? (14). EJEMPLARIDAD DE JESÚS (2)

Al contemplar la rápida expansión del cristianismo y el culto a Jesús por la vastedad del Imperio romano y desde allí a todo el orbe como religión universal, cumple centrar la atención en algo que ha sido destacado por los investigadores: Su **ejemplaridad**: Jesús exhibe una ejemplaridad excepcional. Sólo la ejemplaridad es digna de fe. Para lo cual es de la mayor importancia que la persona ejemplar predique **con el ejemplo** porque, en la esfera moral, sólo el ejemplo encierra verdad. La súper ejemplaridad de Jesús, ratificada por sus obras, otorga a su predicación sobre el reino de Dios **una credibilidad excepcional**. Su ejemplo predica lo mismo que sus dichos, incluido, el que dijo, agonizante en la cruz, donde solicita el perdón para sus enemigos (Lc 23,24). En consecuencia, su propia conducta le hace más digno de crédito que nadie y presta a su mensaje sobre Dios una fiabilidad sin parangón.



Ha sido, paradójicamente, que gracias a los resultados de los métodos científicos, la ejemplaridad de Jesús, luce universalmente con una extraña intemporalidad. El método histórico-exegético, cultivado por la teología procedente del luteranismo y por la católica, al analizar con exquisito cuidado los textos evangélicos, afirma **la veracidad histórica de la figura de Jesús**.

H. Küng, en su libro *“Ser cristiano”*, dice: «Si a alguien le parecen iguales todas las religiones y sus fundadores, compare la muerte de todos ellos y encontrará notables diferencias: todos ellos murieron en edad avanzada, rodeados de sus discípulos y seguidores. Buda muere a los ochenta años, en medio de sus discípulos, después de haber reunido a una gran comunidad de monjes, monjas y seguidores laicos. También Confucio muere viejo, tras su retorno a Lu después de haber dedicado los últimos años de su vida a la formación de un grupo de discípulos, que se consagrarían a guardar y continuar su obra. Y Mahoma, muere como dueño de Arabia, en brazos de su mujer favorita. He aquí, en cambio, el caso de Jesús: hombre joven, de unos treinta años, tras una actividad de tres años, negado por sus discípulos y seguidores, escarnecido y ultrajado por sus enemigos, abandonado de los hombres, muere según un ritual de los más horribles y refinados que la imaginativa crueldad de los hombres ha podido inventar».

Algunos hombres son capaces de una virtud heroica en un momento dado, pero eso de colocarse de modo permanente en un extremo de virtud hasta las últimas consecuencias, **eso es sólo de Él**. La historia comparada de la filosofía y la religión ha hallado precedentes de algún componente de la súper-ejemplaridad de Jesús, a través del análisis científico meticuloso: la compasión, el amor al enemigo, el favor por los pobres y pecadores, el perdón ilimitado, la cercanía a los enfermos, la predilección por los últimos, y otros, se encontrarían también, aquí o allá, en uno u otro grado, en Moisés, Zoroastro, Buda, Confucio, Antígona, Sócrates o Mahoma. Ciertamente, pero sólo en Jesús **se reúnen al mismo tiempo todos esos ingredientes que en ellos se hallan desagregados, y se concentran en una sola persona**.

Practicó la no violencia y se dio ilimitadamente. La convergencia entre las

palabras y las obras no sólo crea su credibilidad, sino que además garantiza la autenticidad de las enseñanzas como palabra de Jesús y lo hace con toda densidad. Estas palabras no podemos imaginárnoslas sino como palabra de Jesús. De manera que hay razones para creer lo que Jesús predica: no sólo que Dios existe, **sino que, es Padre de los hombres y que se compadece de la injusticia del mundo, de la que no es autor sino al contrario, salvador**, puesto que va a intervenir para transformar el mundo en un lugar de misericordia y de benevolencia, en especial para los más desfavorecidos. Su ejemplaridad única, así como la libertad, la autoridad y la seguridad con que en todo momento y hasta el final se produce, dan a entender que Dios mismo está comprometido con su causa.

Este hombre emana una fuerza interna que le empuja a conducirse con total libertad para hacer lo que debe sin restricciones. A los exegetas les impresiona en particular las antítesis del sermón de la montaña conforme a la fórmula **«habéis oído... pero yo os digo»** (Mt 5), porque lo que los seguidores «han oído» es nada menos que la ley que Dios ha entregado a Moisés, y a esta ley divina él contrapone explícitamente ese «yo» como superior fuente normativa; allí Jesús habla en nombre propio, lo cual carece de analogías con los rabinos de la época, que se permitían discrepar entre sí respecto a la interpretación de la ley mosaica pero nunca de la ley misma.

El **«amad a los enemigos y orad por los que os persiguen»**, «de este modo seréis dignos hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre buenos y malos y manda la lluvia sobre justos e injustos» (Mt 5,44-45), precepto del amor a los enemigos, que sobrepuja ampliamente lo prescrito en el Antiguo Testamento, y que es sólo una parte del programa ético expuesto en el sermón de la montaña, en el que la justicia expresada en el Antiguo Testamento es desbordada por una dosis de bondad sobreabundante. La máxima del amor a los enemigos y del perdón sin límites es compatible en Jesús con una denuncia **típicamente profética de los abusos de los poderosos**. De hecho, no se recata de usar gruesas palabras contra ellos: camada de víboras, gente idólatra y perversa, hipócritas, ciegos y guías de ciegos, necios, sepulcros blanqueados.

No hace falta ser seguidor de Jesús para reconocer que su elevado ideal ético y la realización de éste en su vida le hacen merecedor, desde una perspectiva comparada, al título del mejor de los hombres, el más noble representante de la humanidad sobre la tierra, el más perfecto ejemplar de nuestra especie, modelo máximo de toda bondad posible en el mundo. La ejemplaridad de Jesús **oscila entre lo extraordinario y lo excepcional**. Pero, por otro lado, hay en él algo excepcional, de caso irrepetible, imposible de imitar que le sitúa por encima de toda experiencia. No sólo el mejor de su género, sino también un género nuevo de caso único.

«Jesús fue experimentado como *la* ruptura decisiva de la historia del hombre. Superaba todo lo dicho y hecho hasta entonces. Era, en todos los sentidos, la palabra última y definitiva. Era el equivalente a Dios. Su palabra era la palabra de Dios. Su Espíritu era el Espíritu de Dios. Sus sentimientos eran los sentimientos de Dios. Lo que él significaba era exactamente lo mismo que lo que significaba Dios». A. Nolan, **¿Quién es este hombre?** Es lo que Schillebeeckx ha llamado *Deus humanissimus*, **un Dios soberanamente humano**».

Textos, extraídos del libro “Necesario pero imposible” de Javier Gomá Lanzón.